

CESEDEN

UN EJERCITO, ¿COMO Y PARA QUE...?

Por el Capitán General G. MERY, Jefe del E.M. de las Fuerzas Armadas.

Traducido de la revista francesa: Défense Nationale, Junio 1976, por el Capitán de O.M. del Aire Don Marino GONZALEZ PASCUAL.

Es tradicional que los Jefes de Estado Mayor vengan a responder anualmente a las preguntas que deseen plantearles los concurrentes del Instituto de Altos Estudios de Defensa Nacional. Iremos publicando como en el pasado las exposiciones a las cuales han dado lugar estas intervenciones en 1976. A continuación publicamos, en su forma original, la del Capitán General MERY, Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, que tuvo lugar el día 15 de Marzo último. A los concurrentes del Instituto se unieron en esta ocasión, los del Centro de Altos Estudios del Armamento.

"Señores:

Es de tradición y yo me congratulo de ello, que el Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas venga cada año, en el curso de una de vuestras sesiones, a pronunciar una conferencia sobre la política militar de nuestro país.

He sugerido, que este año, la conferencia sirva al mismo tiempo para los concurrentes del Centro de Altos Estudios del Armamento, no solamente porque esto me evitaba el pronunciar dos conferencias sucesivas, sino porque me ha parecido que las opiniones o puntos de vista particulares que yo pudiera aportar o desarrollar en cada una de ellas, en función de la naturaleza de cada concurrente podría muy bien interesar también al otro en la medida en que sus preocupaciones, bien que de naturaleza diferente, nos llevan al mismo objetivo y deben, a mi parecer, ser objeto de un diálogo constante.

He sugerido también, al igual que el año pasado lo hizo mi predecesor el General Maurin, que ésta conferencia revistiese la forma de respuestas aportadas a las preguntas previamente planteadas por ustedes.

Debo decir, que ustedes han reaccionado a esta sugerencia, más allá de lo que yo esperaba, ya que he recibido un gran número de preguntas en total 74, de las cuales 57 proceden del Instituto y 17 del Centro de Altos Estudios del Armamento.

He estudiado estas preguntas con gran interés y las he encontrado a la vez variadas, pertinentes y constructivas.

Variadas, ya que todos los aspectos de nuestra defensa han sido en ellas abordados, lo que me ha llevado a realizar una cierta selección y a responder preferentemente a las que tienen más relación con mi función.

Pertinentes, porque me he dado cuenta a su lectura, de que muchas de entre ellas correspondían a las interrogaciones que mis responsabilidades actuales me conducen a menudo a plantearme a mí mismo y a mis colaboradores.

Constructivas, en fin, porque su misma formulación, a veces muy detallada y muy bien argumentada, contenía ya, sino una respuesta, al menos una orientación de respuesta.

Me ha sido necesario, por supuesto, reagruparlas, ya que la mañana no hubiese bastado para tratarlas por separado. He concentrado - vuestros 74 problemas en cuatro grandes temas, presentándolos en forma de preguntas:

- Un Ejército, ¿cómo y para qué...?.
- Un Ejército, ¿con qué fuerzas...?.
- Un Ejército, ¿con qué recursos...?.
- Un Ejército, ¿con qué moral...?.

Espero que a través de este desglose podrán encontrar ustedes, respuesta a las principales cuestiones, en la formulación de las cuales han participado individualmente todos ustedes.

Primera cuestión:

Un Ejército, ¿cómo y para qué...? .

Ustedes se darán cuenta enseguida que esta primera cuestión, plantea el problema del concepto, o si prefieren, del papel de nuestras Fuerzas Armadas.

No hace mucho tiempo todavía, ciertos buenos espíritus se divertían al decir que como consecuencia de la limitación nuclear, de la política de coexistencia pacífica y más tarde de la distensión, los esfuerzos de las naciones deberían concentrarse para afrontar las situaciones económicas, mucho más que sobre la preparación de fuertes y numerosos ejércitos.

Es cierto que las preocupaciones económicas existen. Pero no lo es menos, que al mismo tiempo vemos crecer a nuestro alrededor una serie de inestabilidades políticas cada vez más acusadas, tanto por lo que se refiere a las naciones con mayoría de edad como a los innumerables Estados que han tenido acceso a la independencia en un pasado no muy lejano.

Al mismo tiempo, asistimos a un fenómeno general de "sobre armamento" que afecta tanto a las superpotencias, capaces a la vez de fortalecer sus propios ejércitos y de enviar armamento a otros, como a los más pequeños países que preparan grandes ejércitos, desproporcionados a veces con sus necesidades reales.

Igualmente, podemos comprobar por todas partes la proliferación de conflictos menores o marginales cuya brutalidad se hace cada vez mayor y que no desaparecen más que para dejar subsistir un ambiente de crisis permanente.

Es preciso reconocer, y no creo que haya necesidad de convencerles de ello, de que a pesar de todos los deseos y de todas las esperanzas, vivimos en un mundo incierto, violento y peligroso.

Personalmente, de este breve análisis, saco tres consecuencias:

- La primera, es que en este mundo no basta para un país, el disponer de una economía fuerte, tener instituciones estables, mantener -

una doctrina política vigorosa y haber acumulado una cultura resplandeciente; le es necesario también disponer de unas Fuerzas Armadas que le sitúen en el lugar que le corresponde en el concierto de las naciones. La existencia misma de estas Fuerzas constituye una condición indispensable para la eficacia de acciones susceptibles de ser llevadas por otros medios en el marco de una estrategia que no puede ser en lo sucesivo más que global.

- La segunda, es que la búsqueda de la distensión es un imperativo que debería imponerse a todos, pero que sería enormemente peligroso buscar esta distensión sin disponer de los medios para asegurar su propia seguridad.

- La tercera consecuencia por último, es que esta seguridad propia no puede ser verdaderamente garantizada, en el estado actual de las cosas, fuera de la posesión de un armamento nuclear.

Partiendo de esto, podemos considerar varios tipos de conceptos.

En primer lugar, un concepto que yo llamaría de "santuarización total" y que podría consistir en dirigir lo esencial del esfuerzo sobre los medios nucleares de disuasión, buscando así únicamente una garantía, en teoría absoluta, de mantenimiento de la integridad del territorio nacional. Personalmente, pienso que un tal concepto no es viable, ni sobre el marco general, ni sobre el militar, ni sobre el político.

Este, no tendría en cuenta, en efecto, del fenómeno de "Universalización" de los problemas a los cuales asistimos y que hace que no sea posible, a mi entender, para un país como el nuestro, el desinteresarse de lo que pasa a su alrededor y de adoptar una actitud tan próxima al neutralismo.

Dudo, por otra parte, que en un caso extremo en el que toda Europa se derrumbase en derredor nuestro, la voluntad nacional subsistiese de recurrir a la amenaza de destrucciones masivas, incluso para asegurar nuestra supervivencia.

En fin, no creo que un tal concepto fuese conciliable con la voluntad que anima a nuestro país de ir, por una marcha sin duda lenta, pero continua, hacia la promoción de una entidad europea.

Otro concepto, completamente opuesto, puede consistir, en razón de la universalización de los problemas, en querer intervenir, si es preciso por medios militares, en cualquier parte del mundo. No me extenderé sobre un tal concepto global que a menudo ha sido confundido con la doctrina "en todas direcciones", pero que ciertamente corresponde a puntos de vista que superan ampliamente la estrategia a la que puede pretender una potencia media como Francia.

A mi parecer, creo que es más razonable orientarnos hacia un concepto intermedio entre estos dos extremos, es decir hacia lo que llamaría concepto de "santuarización extendida".

Tal concepto, nos permitiría, siempre garantizando la integridad del territorio nacional, intervenir con todo o parte de nuestras fuerzas en cualquier zona donde la seguridad de dicho territorio pueda ser más inmediatamente amenazada, es decir, esquemáticamente, Europa y sus proximidades; en particular la cuenca mediterránea. En cambio, fuera de este "primer círculo" no podemos pretender, incluso con la libertad de acción que nos confiere la posesión de armamentos nucleares, más que a acciones de fuerza sobre un punto determinado y limitadas en el tiempo; a acciones de presencia o participación para el mantenimiento de la libertad de nuestras líneas de comunicaciones, o a acciones de apoyo que vayan desde la ayuda militar técnica al suministro de ciertos armamentos.

Es necesario aún que en este concepto, estemos seguros en todo momento de poder intervenir con el nivel de fuerzas convenientes, o lo que es igual, que estas fuerzas estén constantemente disponibles. Rechazo toda idea de ejército activo reducido o de mínima duración de servicio que implican la necesidad de una movilización forzosamente larga, cuyo carácter me parece incompatible con la rapidez de nacimiento y desarrollo de las crisis, ya que son estas crisis, lo repito, las que me parecen eventualmente las más probables en el curso de los próximos años, incluso si la eventualidad de un conflicto mayor no deba descartarse totalmente y que constituye la hipótesis más temible.

Un Ejército, ¿cómo y para qué...? Este ¿cómo? va a permitirme responder a las numerosas cuestiones que ustedes me han planteado con relación a nuestra participación en una batalla en Europa, el empleo del A.N.T. (Arma Nuclear Táctica) y la perspectiva de una defensa europea.

Nuestra estrategia está fundada enteramente sobre una idea de independencia. Una vez más es necesario ponerse de acuerdo sobre lo que significa esta independencia. En el aspecto militar en todo caso, quiere decir, no solamente que entendamos dotarnos, a nuestra conveniencia, de medios que nos parezcan necesarios para asegurar nuestra seguridad, sino también que en todas las circunstancias nos reservemos la libre elección de estos medios que empeñamos desde el momento en que lo hacemos y de la misión que se les confiara. Se trata pues, como ven, de una independencia de decisión que nos conduce necesariamente a una autonomía de acción.

Y esta es la razón por la cual a través de esa independencia no hemos cesado nunca de buscar alianzas o acuerdos particulares, como tampoco hemos dejado jamás de formar parte de la Alianza Atlántica. Lo que hemos hecho, ha sido dejar la organización militar integrada de esta Alianza, que implicaba una gran renuncia de nuestra libertad de decisión. No hemos dejado por ello de seguir siendo aliados fieles y leales y no tenemos por qué tener ningún complejo a este respecto. Seguimos participando en los diferentes organismos de la Alianza, aparte de los organismos militares integrados propiamente dichos y, desde nuestra retirada de éstos, hemos establecido y continuamos realizando misiones de enlace cerca de sus diferentes niveles de mando.

En tal esquema, está totalmente excluido, por supuesto, que nos comprometamos de antemano, desde tiempo de paz, a ocupar un "espacio" en el marco de la estrategia aliada de defensa avanzada. Pero en cambio, no está de ninguna manera excluido que participemos en esta batalla. Pienso incluso, por mi parte, que sería extremadamente peligroso para nuestro país el mantenerse voluntariamente alejado de esta primera batalla, en el curso de la cual se jugaría ya, en efecto, nuestra propia seguridad. Esto no excluye la idea de una batalla en las mismas fronteras ya que podemos vernos obligado a ello, bien porque la defensa avanzada se hubiese venido abajo demasiado pronto, o bien porque nuestra decisión de intervención hubiese sido demasiado tardía o nuestros movimientos habieran sido entorpecidos por las acciones adversarias.

Puede ser también que aparezcan simultáneamente varias amenazas en direcciones distintas, puesto que, contrariamente a lo que ocurre con el ejército alemán, nosotros no tenemos que enfrentarnos a un sólo problema, sino que tenemos todo un conjunto de fronteras terrestres y marítimas en las que nos es necesario pensar constantemente.

La situación geográfica de nuestro país, da a nuestra idea de independencia todo su valor en beneficio de la seguridad general, puesto que nos puede permitir, llegado el caso, obrar en varias direcciones. Y debemos guardarnos muy bien, a mi parecer, de tener en este ámbito operativo, esquemas demasiado rígidos y una estrategia demasiado inmobilista.

No por ello deja de ser cierto, que una acción eventual a los lados de la O.T.A.N., plantearía un cierto número de problemas, que tendríamos que tratar de resolver poco a poco.

Existe en primer lugar, el problema que yo llamaría de "alargadera", bien se trata de nuestras posibilidades de alargamiento logístico, del radio de acción de nuestros aviones o del alcance de nuestros medios de transmisiones. Todo esto nos lleva a considerar mucho más una participación en segundo escalón en la primera batalla, que podría asegurar al mismo tiempo una cobertura directa de nuestro territorio nacional.

Existe también el problema de las diferencias de métodos, de materiales y de procedimientos tácticos que nos conduce a buscar una cierta interoperatividad de fuerzas y a realizar con las fuerzas aliadas un cierto número de ejercicios que, a fin de cuentas son sumamente beneficiosos para el entrenamiento de nuestras propias unidades.

Por último existe el problema del empleo eventual de nuestro armamento nuclear táctico que es, como ustedes piensan muy bien, el problema mayor, pero que como también comprenderán, no puede resolverse más que a altos niveles gubernamentales.

Por lo que se refiere al armamento nuclear táctico, sobre el cual parece manifestarse todo el interés de ustedes, trataré de ser lo más claro y simple posible.

Poseemos efectivamente armas nucleares tácticas, susceptibles de ser empleadas, tanto por medio de cohetes Plutón, como por aviones del Ejército del Aire y, pronto, por la Aeronáutica Naval.

¿Cuál es su papel...?

Son armas antifuerzas, es decir, destinadas al campo de batalla y sus proximidades, cuyo empleo eventual debe acompañarse por consecuencia, de la búsqueda de una eficacia militar. Pero ante todo, están

destinadas a producir sobre este campo de batalla un acontecimiento tan señalado que marque claramente el cambio innato del combate y que signifique en sí para el adversario nuestra determinación de llegar hasta la utilización de represalias masivas si éste, no obstante, continua su intento.

Esto subraya bien el carácter político de la amenaza de su utilización y de su eventual empleo, que no puede depender sino de la más alta autoridad del Estado. Esto subraya también de qué modo las decisiones correspondientes podrán fundarse sobre factores que desbordan a menudo con mucho, la simple situación local de las tropas para tener en cuenta situaciones estratégicas generales que interesan no solamente al adversario, sino también a los aliados.

La situación ideal, ciertamente, sería aquella en la cual la amenaza de utilización de estas armas pudiese llegar en el momento justo para impedir el combate; pero es posible también que su empleo fuese necesario y puede ocurrir igualmente que la autorización de este empleo no sea inmediato y conduzca a los jefes militares responsables a empeñar en la batalla sus principales medios convencionales.

Aquí tampoco, la doctrina debe ser rígida ni inmovilista.

En cuanto al número de armas, cuestión igualmente planteada por varios de entre ustedes, no creo que tenga mucha importancia. El carácter del último aviso que revista su empleo eventual excluye, a mi modo de ver, toda idea de "batalla nuclear" y milita en cambio por una utilización lo más breve y masiva posible. No pienso tampoco que en este aspecto se pueda establecer ninguna comparación con los miles de armas de que disponen en Europa Central los americanos o los soviéticos pues las zonas de enfrentamiento eventual de las fuerzas de estos dos bloques no tienen comparación con las nuestras propias y ni el uno ni el otro de estos dos países se batirían, como nosotros los haríamos, en las proximidades de su santuario nacional.

Y esta es la originalidad de los países europeos en relación con los dos grandes, a quienes inmensos espacios terrestres y marítimos separan. Asimismo, son muchos los que piensan en una defensa europea: sobre este último punto yo quisiera terminar esta primera parte de mi conferencia, exponiéndoles tres ideas, sin duda bastante triviales, pero en las que creo firmemente.

La primera me parece evidente, no puede haber defensa europea sin unión política de Europa y por lo tanto sin la existencia de un poder político europeo.

La segunda, es, que contrariamente a ciertas alegaciones un poco simplistas, esta defensa europea no tendrá lugar simplemente alrededor de fuerzas nucleares francesas y de fuerzas convencionales alemanas. Por mi parte, pienso que es importante el que fuerzas convencionales francesas suficientemente numerosas vengán a contrarrestar al ejército clásico de que se viene dotando Alemania del Oeste desde hace algunos años, ya que no se puede realizar ninguna verdadera unión en un desequilibrio de fuerzas, incluso parcial.

En fin, última idea, me parece difícil concebir una defensa europea totalmente independiente de una alianza americana, dejando bien entendido que una Europa unificada permitiría sin embargo encontrar en esta nueva alianza un mejor equilibrio que en la OTAN donde el peso de los Estados Unidos es, sin duda, demasiado preponderante.

Segunda cuestión:

Un Ejército, ¿con qué fuerzas...?

Esta pregunta la trataré brevemente, puesto que cada uno de los Jefes de Estado Mayor de los tres Ejércitos vendrán, según creo, a exponerles sus propias preocupaciones y sus propios proyectos.

Yo lo haré partiendo de nuestro aparato militar actual sobre el cual, podemos hacer tres observaciones principales:

La primera trata del esfuerzo nuclear, que era necesario pero que ha conducido en el curso de los años pasados a un cierto desequilibrio en detrimento de las fuerzas convencionales. Ahora bien, como he señalado hace poco, si el armamento nuclear puede permitir una libertad de acción, es necesario no obstante poseer los medios para llevarla a cabo y, especialmente, en todos los casos de intervención debajo del umbral crítico. Esta es la razón, por la cual vemos a los dos Grandes dotarse de un arsenal nuclear considerable y continuar manteniendo e incluso incrementándolo por parte de la URSS, el arsenal de armas convencionales.

Por lo tanto me parece indispensable desde este momento buscar un equilibrio más armonioso entre fuerzas nucleares y convencionales.

La segunda observación se refiere al hecho de que en la constitución de nuestras fuerzas convencionales hemos realizado un dispositivo que, en su organización, equipo e incluso estacionamiento, ha sido sin duda demasiado único y exclusivamente concebido en función de un conflicto mayor frente al Este. Ahora bien, como ya he señalado, si esta hipótesis sigue siendo la más peligrosa, no es, forzosamente, la más probable y no puede excluirse que el mantenimiento por el bloque soviético, de un potencial militar extremadamente importante a lo largo del telón de acero constituya al menos inicialmente, una operación de fijación, permitiendo movimientos mucho más amplios por los flancos; de los que los acontecimientos de Angola ayer y quizás los de Mozambique mañana, son índices inquietantes.

La tercera, por último, y ésta se deriva de la segunda, proviene de que hemos sido ambiciosos al querer realizar, de una forma cartesiana, tipos de fuerzas adaptados a cada tipo de misión. Esto es particularmente delicado para el Ejército de Tierra con la división un poco artificial entre fuerzas de maniobra, fuerzas llamadas de D.O.T. (Defensa Operativa del Territorio) y fuerzas de intervención. Como el esfuerzo no puede dirigirse en todas direcciones, nos encontramos con fuerzas de maniobra bastante bien equipadas y entrenadas, con una fuerza de intervención exterior bien entrenada pero en realidad insuficientemente equipada y de todas formas, insuficiente en volumen y con fuerzas llamadas de D.O.T. en las que el equipo ha sido sacrificado y cuya misión no ha sido nunca claramente señalada.

La exposición de estas observaciones me conducen a esbozar lo que podría ser nuestro aparato militar conveniente, reestructurándole para hacerle más conforme con nuestro concepto.

Para las fuerzas nucleares tenemos ya, un arsenal que no es discutido por nadie y que no sitúa al nivel requerido. Yo podría decir en cierto modo, que después de una fase de una gran expansión, que era necesaria y que ha sido muy fructuosa gracias a la calidad y a los esfuerzos de nuestros ingenieros, de nuestros investigadores y de nuestros técnicos, podemos abordar desde ahora un periodo más rápido, permitiendo así la concesión de medios económicos más constantes.

Cierto que la credibilidad de estas fuerzas impone que se continúen los progresos tecnológicos, con objeto de mejorar la calidad de este armamento; estos últimos tiempos hemos puesto en servicio a bordo de nuestros submarinos el primer proyectil termonuclear; nuestras acciones prio-

ritarias se dirigen actualmente a los proyectiles a cabeza múltiple que sean capaces en todas circunstancias garantizar una penetración de las defensas adversarias; igualmente habrá que tratar de encontrar, en el curso de los próximos años, una mejora de nuestra primera generación de armas tácticas.

Sobre esta mejora de la calidad y eficacia se concentrarán nuestros esfuerzos y no sobre el incremento del volumen de los medios.

Por lo que se refiere al Ejército de Tierra el problema es más complejo, ya que éste, indiscutiblemente, es el que se encuentra actualmente en la situación más difícil.

Tres grandes direcciones de esfuerzo presiden actualmente a su reorganización:

- En primer lugar, una mejor distribución entre las fuerzas y su apoyo, que nos llevará a contar, para un volumen de efectivos sensiblemente disminuído, aproximadamente de 15.000 a 20.000 hombres, un mayor número de unidades de combate elementales;

- después, una simplificación del mando, a la vez por la supresión de un nivel de mando y por la fusión, al menos parcial, del mando operativo y del mando territorial en tiempo de paz. De esta forma, esperamos tener a la terminación de esta reforma 1 P.C. de Ejército, 2 P.C. de Cuerpo de Ejército, de los cuales, uno fusionado en tiempo de paz con una región militar, 5 ó 6 R.M. en lugar de 7 y una quincena de divisiones más ligeras que las actuales, articuladas en dos grandes tipos; divisiones blindadas y divisiones de infantería;

- en fin, última dirección del esfuerzo, la búsqueda de una mayor polivalencia de las grandes unidades, bien entendido que esta polivalencia tiene límites y que ciertamente, algunas de estas grandes unidades serán más específicamente adaptables a un tipo particular de combate; divisiones blindadas para el combate en ambiente nuclear, división de montaña, división paracaidistas y divisiones de infantería con un mayor o menor grado de mecanización.

Sobre el plan de equipo, ésto se traduciría esencialmente por una cierta pausa en el desarrollo de lo que llamamos nuestras fuerzas de maniobra, para las cuales el esfuerzo se limitaría a los dos grandes puntos débiles que tienen todavía, es decir, a la artillería clásica y a los me-

dios de defensa antiaéreos; esto daría como resultado, en cambio, un mayor esfuerzo en beneficio de otras unidades en todas las categorías de materiales menos costosos que representan el armamento individual, el armamento contrácarros, los apoyos de fuego tipo mortero, las transmisiones y los vehículos de transporte de combate; medios todos que incrementarían su capacidad operativa actualmente insuficiente y su movilidad.

Por lo que se refiere al Ejército del Aire, la situación es un poco diferente en este sentido, ya que la polivalencia ha sido siempre practicada por dicho Ejército y porque la flexibilidad de empleo de los materiales no impone el mismo grado de dispersión de estacionamiento. Por otra parte, la organización del mando del Ejército del Aire se revela correctamente adaptada a las necesidades operativas.

Se trata pues, sobre todo para el Ejército del Aire de mantener o valorizar sus capacidades de acción en los tres campos de interés al empleo, es decir, a la aviación de combate, a la aviación de transporte y a la defensa aérea.

La aviación de combate se mantendrá, si es posible, a un nivel de al menos 450 aparatos entre los cuales deberán encontrarse dentro de unos años un centenar de aviones de altas características, que serán, como ustedes saben, por haber sido ya elegidos, los "Delta 2000".

La aviación de transporte se caracteriza por el hecho de que en la actualidad está equipada con aviones "Transall", en servicio todavía por mucho tiempo, aparte de otros aparatos diversos, entre los cuales figuran los "Nord 2501" que están llegando a su fin de servicio. Se trata por lo tanto, de mantener, a pesar de este desgaste, un volumen sensiblemente equivalente de transporte, lo que tendrá lugar, según creo, con la compra de un cierto número de "Transall" suplementarios. Bien es verdad que este avión "Transall" aún siendo un buen aparato, posee poco radio de acción y por ello se plantea el problema del transporte a largas distancias. No creo, personalmente, que tengamos los medios para pagarnos una flota de aviones de transporte a gran radio de acción; además su volumen sería tan reducido que no tendría relación con el coste de la operación. Pienso, en cambio, que las posibilidades de fletamento de la aviación civil de transporte pueden ser ampliadas y mejoradas y que es, sin duda, en esta dirección donde se deben dirigir nuestros esfuerzos. Recuerdo a este sujeto que, tanto la evacuación de la base de N'Djamena como el apoyo a las fuerzas de Djibouti con motivo de los últimos acontecimientos, fueron realizados en

gran parte, a base de fletamentos de aviones civiles en unas condiciones de rapidez a nuestra entera satisfacción.

En fin, en materia de defensa aérea se están explorando actualmente dos vías: la de mejorar nuestros medios de detección a baja altitud, ya que es en este nivel de altitud en el que se sitúa a la hora actual el mayor peligro, y la del esfuerzo de los medios de defensa antiaérea de las bases, bien por medio de misiles o por artillería antiaérea.

La Marina tiene también sus propios problemas. El principal proviene del hecho de que gran número de barcos fueron construidos en la misma época y alcanzarán al mismo tiempo, de aquí a algunos años, el término de su vida. Por lo tanto es inevitable un descenso de tonelaje. Para que este descenso no sea demasiado acentuado nos esforzaremos por mantener un ritmo mínimo de construcciones nuevas y de prolongar lo más posible la vida de los barcos.

Esto es tanto más importante cuanto que el dominio de los mares se está convirtiendo en el dominio, yo diría en el privilegio, de las competiciones y de los enfrentamientos en el ambiente de crisis en que vivimos; esta es la razón por lo cual estamos transfiriendo nuestros portaaviones a la cuenca mediterránea; y por la cual mantenemos desde hace más de un año una fuerza naval relativamente importante en el Océano Indico; esta es también la razón por la cual entendemos necesario mantener por todo el mundo la presencia del "pabellón" francés.

Todo esto representa, es verdad, una política costosa en barcos. Será necesario una nueva revisión de la política prevista para el "Plan Azul" ya que rebasa nuestras posibilidades. Un "hueso duro" un poco más modesto ha sido definido, pero dentro de este hueso duro esperamos hacer realidad muy próximamente los primeros submarinos nucleares de ataque y, a plazo más lejano, asegurar el relevo de nuestros portaaviones actuales por portaerones a propulsión nuclear. Nos estamos esforzando también, por incrementar la autonomía operativa de nuestra flota por medio de la entrada en servicio de buques cisternas y buques talleres, con objeto de independizarnos lo más posible de las bases, las cuales nos es más difícil cada día mantener en ciertas partes del mundo.

Esto por lo que se refiere a las fuerzas. Pero alguno de entre ustedes me han planteado a este respecto una cuestión un poco más precisa relativa a su reclutamiento, sobre el cual yo quisiera detenerme algunos instantes, antes de pasar a la pregunta siguiente.

Nuestros efectivos presupuestarios actuales se establecen en un poco menos de 600.000 hombres, de los cuales más de 250.000 en activo, lo que quiere decir que de cada dos personas una procede del servicio obligatorio. Este servicio militar obligatorio y universal es en Francia una verdadera tradición nacional y a esos que me preguntan "¿cuál es el modelo extranjero que usted desearía adoptar?", les respondo rápido: ninguno, pues cada país establece sus ejércitos en función de sus necesidades, pero también de su geografía, de su historia y del alma de su pueblo. Ahora bien, no existe tradición, por muy respetable que sea, que no ceda un día a la presión de la necesidad. Es por lo tanto normal el preguntarse en la actualidad sobre la validez de aquella. Varias veces he expresado mis sentimientos sobre este asunto. Técnicamente, digo bien técnicamente, pienso que un ejército de voluntarios, de contratados, en resumen, profesional... tendrían sin duda una mayor eficacia. A veces se calcula su coste, que se estima elevado, al transponer en voluntarios los efectivos actualmente llamados a filas; un ejército profesional podría permitirse ser menos numeroso. Pero ustedes saben también como yo, que por el momento no existe sobre el marco político ninguna mayoría, de cualquier matiz que sea, que se incline por el abandono del servicio obligatorio y la dotación de un ejército profesional. Y este es un elemento que hay que tener muy en cuenta si queremos ser realistas.

Estimo, por otra parte, que es beneficioso que la juventud esté asociada a la seguridad del país. Diga lo que se diga, esto tiene su valor, tanto frente al extranjero como en la misma Francia.

Puesto que esta forma de servicio, debe seguir siendo el nuestro, por el momento, ¿cuál es el servicio militar más conveniente...? ¿un año, seis meses, un servicio diferenciado, fraccionado, selectivo...?

Creo necesario que veamos el problema desde el punto de vista de la disponibilidad de fuerzas.

Un servicio de un año de duración permite dedicar una parte del tiempo a la instrucción del orden de seis meses en el Ejército de Tierra y otra, para el mantenimiento "en filas" de efectivos instruidos y por lo tanto listos para entrar en acción a la primera voz de alerta; este es el principio de nuestro sistema actual de reclutamiento.

Un servicio de seis meses sería casi tan costoso y no serviría más que para la instrucción. No proporcionaría fuerzas disponibles. Habría que recurrir a la movilización para disponer de personal instruido y, sin

duda, a una segunda partida de materiales para esta movilización, dado que el primero se habría usado rápidamente para la instrucción.

Un sistema mixto conjugando voluntarios por largo plazo y reclutas por poco tiempo, es quizás el que sobre el plano intelectual es el más efectivo, pero no hay que ocultar que sería igualmente muy costoso y por supuesto, muy largo y difícil de establecer.

En fin, otros tipos de reclutamiento pueden convenir tal vez a Suiza o Suecia, pero yo no los creo personalmente, adaptables al temperamento francés ni a nuestras necesidades.

El sistema seguido por nosotros parece, a pesar de los ataques de que muchas veces es objeto, la fórmula más razonable a preconizar en las condiciones actuales, y este es el motivo por el que ha sido con firmado hace poco más de un año por el Jefe del Estado, tanto en su forma como en su duración.

Tercera cuestión

Un Ejército ¿ con qué recursos...? .

Voy a englobar en este capítulo, tanto los problemas de planificación y de programación como los que se refieren a la fabricación y a las exportaciones, a propósito de los cuales me han sido planteadas numerosas preguntas, por los concurrentes del Centro de Altos Estudios del Armamento. Sobre el plano económico, estas dos categorías de problemas están estrechamente vinculados.

Ustedes saben que un programa de materiales necesita, en general, una decena de años para llegar a la fabricación en serie. Sabentambién que la vida media de los materiales se escalona entre 15 y 20 años. Por lo tanto es necesario hacer previsiones a bastante largo plazo y un es fuerzo de equipo no puede, ciertamente, contentarse con el único sistema de los presupuestos anuales.

Hacia los años sesenta fue lanzado el comienzo de una programación a cinco años. Este se tradujo por la adopción de leyes-programas que no interesaban, en principio, más que a ciertas categorías de ma teriales mayores y que poco a poco han ido englobando a la mayor parte del Título V, es decir, créditos de inversiones, pero siempre, también hay -

que decirlo, solamente en forma de autorizaciones de programas, sin que los créditos de pago de estos programas se garantizaran de alguna forma, ya que permanecían completamente sometidos a las incertidumbres de los presupuestos anuales.

Paralelamente, la necesidad de previsiones se dejaba sentir cada vez más; se elaboraban planes a largo plazo con horizontes de una quincena de años que, bastante generales al principio, se fueron precisando poco a poco y, sin duda, demasiado precisados a la vez en su contenido físico y en su vencimiento.

Pero rápidamente, estos planes se revelaron sin duda demasiado ambiciosos, ya que al mismo tiempo los recursos efectivamente dedicados cada año a la defensa fueron disminuyendo, pasando del 20% del presupuesto del Estado en 1965 a menos de 17% en 1975.

Y esto tuvo dos categorías de consecuencias:

La primera, que como las leyes-programas y los planes a largo plazo no trataban más que de inversiones de equipo, la disminución de los recursos globales se ejerció en detrimento de la situación material de los cuadros de mando y de la tropa, e incluso también de ciertos equipos clásicos, ya que se dio prioridad a las fuerzas nucleares.

La segunda, que ninguna de las leyes-programas pudo realizarse plenamente, al tener que efectuarse importantes aplazamientos, y en el momento de la elaboración de la sexta ley-programa 1976-1980, nos hemos encontrado ante un verdadero callejón sin salida, puesto que hubiera sido necesario en el marco de la planificación hecha, tener unos recursos de 365.000 millones para estos cinco años, es decir, desde 1976 un presupuesto de al menos 60.000 millones, mientras que estábamos en 43.000 millones en 1975; lo que era perfectamente irrealista en la coyuntura socio-económica actual.

Nos ha sido necesario imaginar otro sistema más pragmático y más adaptado a las circunstancias del momento.

En cierto modo, hemos invertido el razonamiento y ya no hemos partido de un contenido físico preciso a conseguir en una fecha determinada, sino de un cierto número de hipótesis razonables de recursos, para estudiar lo que era posible realizar en cada una de estas hipótesis y en qué plazo era posible hacerlo.

Esta gestión nos permitió presentar al Gobierno un informe realista a partir del cual este pudo efectuar una selección y darnos la seguridad de un cierto índice de crecimiento del presupuesto de defensa en el curso de los años futuros. Este incremento debe colocarnos de nuevo, hacia 1982, al nivel del año 1968 que señalaba anteriormente.

Nos ha permitido también "globalizar" nuestra programación para los tres grandes elementos que constituyen un Ejército: los hombres, los equipos y el entrenamiento, al estar fundado esta vez sobre créditos de pago.

Y por último, nos ha permitido, por lo que se refiere al equipo, realizar mejor en forma de un registro de vencimientos indicativo, lo que podría dedicarse a cada Ejército y para la sección común y, de esta forma, garantizar un equilibrio más armonioso en el aumento previsible de nuestras fuerzas.

La garantía de recursos es ciertamente más precisa para los primeros años, pero no tanto para los siguientes: lo ordenado de la programación nos va a conducir, de ahora en adelante, a adaptar de una manera continuada nuestras previsiones a los recursos, en forma de una verdadera programación flexible, cuyo principio se someterá al Parlamento en el curso de la sesión primavera.

No quisiera, sin embargo, hacerles ilusiones y tampoco que se llevaran la impresión de un marco demasiado optimista. A pesar de este incremento previsible de recursos, que era indispensable, tenemos ante nosotros dos años muy difíciles, ya que nuestra deuda es grande, en razón de la acumulación de autorizaciones de programa de los años precedentes y porque tenemos que soportar en el curso de estos dos años, todo el peso de las medidas que ha habido que tomar en beneficio del personal, tanto por lo que se refiere a los cuadros de mando como a la tropa y, que representarán, por año completo, más de 2.000 millones de francos.

Hasta los años 1977 - 1980 no podremos en realidad sentir los efectos del incremento de recursos en el campo de equipo y tal vez un poco antes en el de las actividades.

Veamos ahora los problemas industriales,

Somos en este campo, prisioneros de un silogismo:

- Una independencia de la defensa exige una industria de armamento nacional;

- Ahora bien, nuestro mercado interior es demasiado restringido para la rentabilidad de esta industria;

- Por lo tanto, la independencia de nuestra defensa nos obliga a exportar armamento.

Y esto es lo que hemos venido haciendo desde hace varios años con, todo hay que decirlo, cierto éxito, ya que ocupamos el tercer puesto de exportadores con un 16% de ventas mundiales, a continuación de la URSS (30%) y de los EE.UU. (46%).

Pero ésta es, conviene señalarlo, una política de cierta fragilidad que sustituye de alguna forma una dependencia a otra, pues no estamos seguros de poder mantener durante muchos años todavía, tal nivel de venta de armas al exterior; en todo caso, no depende de nuestra sola voluntad.

Con este problema se enfrentan, por otra parte, todos los grandes países de Occidente, pues es un hecho que los armamentos se hacen cada día más sofisticados y costosos y, de esta forma, cada día es más difícil para potencias medias asegurar por sí solas la producción del total de sus necesidades.

En función de esta preocupación y de esta inquietud, desde hace un año, se vienen apuntando ideas de normalización y cooperación en materia de armamento.

Los americanos, hace tiempo que vienen lanzando una gran ofensiva para que los países de la Alianza normalicen sus materiales. Sin duda existe por su parte una buena intención pero también puede haber otra segunda. La buena intención es la de aumentar la eficacia de las fuerzas de la Alianza, la otra, la de encontrar en Europa un buen mercado para sus propias exportaciones de armamento, en particular, para los materiales más perfeccionados, en los cuales su avance técnico puede considerarse superior al nuestro. Nosotros hemos resistido a esta ofensiva como convenía hacerlo y nos hemos limitado, por el momento, a tratar dentro de un grupo "ad hoc" del problema de la interoperabilidad de los materiales.

Los europeos, por su parte, sintieron desde hace algunos años la necesidad de fabricar en común ciertos materiales de tal modo que les li

berase de la influencia americana. Esto nos llevó a nosotros mismos a producir:

- En cooperación con los alemanes, el Transall, el Roland, el Milán, el Hot, el Radar RATAC y los misiles Kormoran y Exocet.

- En cooperación con los ingleses, el misil Aire-Tierra Martel, el Jaguar y los helicópteros SA-330, SA-341 y WG-13.

Es deseable, a mi parecer, continuar por esta vía sin ocultar sin embargo que esto no es fácil. En primer lugar porque ya es muy complicado el llegar a definir un material nacional y lo es todavía más cuando hay dos o tres asociados y que éstos no tienen todos necesariamente la misma naturaleza de necesidades en función de su situación y de su concepto. Después porque, contrariamente a lo que se había podido pensar, un material construido en cooperación, ha resultado, hasta la fecha, más caro que el nacional.

En estas condiciones, ¿es posible la producción de un armamento puramente europeo...?. Ustedes saben, sin duda, que el 2 de Febrero último se reunieron en Roma, los delegados ministeriales de armamento de 11 países europeos, fuera de toda delegación de más allá del Atlántico, en un "grupo europeo de programa" con objeto de armonizar los programas nacionales de equipo, ponerse de acuerdo sobre proyectos comunes y eliminar las duplicaciones de los esfuerzos de desarrollo. Para Junio próximo está prevista una nueva reunión. Se trata aquí, tal vez, de un primer balbuceo de una industria europea común del armamento, pero ésta, al igual que un Ejército europeo necesitará todavía, a mi modo de ver, mucho tiempo y no podrá alcanzar una eficacia real más que si un día llega a existir una voluntad política común, es decir, un poder político europeo.

Así, pues, seguiremos exportando todavía durante un cierto número de años, y manifiestamente la lucha en este terreno, se hará cada día más dura, lo que nos conducirá quizá, en una preocupación de prudencia, a revisar desde este momento el conjunto de nuestra política industrial.

Este problema de las exportaciones no deja de suscitar en los Ejércitos mismos, un cierto número de dificultades que me han llevado repetidas veces a tomar posición sobre el problema, expresando tres principios que dejo a la reflexión de ustedes.

El primero, es el de conceder la prioridad absoluta al equipo de nuestras propias fuerzas, lo que no es siempre el caso. Me parece en efecto capital, tanto por lo que se refiere a la eficacia de nuestros Ejércitos como para la moral del personal de cualquier graduación, que esta prioridad sea respetada, ya que este personal no comprendería muy bien ver como los intereses puramente económicos prevalecían sobre la misión de defensa que es la suya.

El segundo, es el de unir las exportaciones a una política de conjunto mejor definida, teniendo en cuenta todos los aspectos políticos, comerciales y militares de los problemas. No se puede vender no importa el qué a no importa quién, y me parece importante que las exportaciones de materiales muy sofisticados o de largo alcance no se examine solamente desde el punto de vista "vendedor-comprador".

El tercero, es el organizar mejor las cargas de asistencia técnica postventa, que en el estado actual de las cosas, son, con muy raras excepciones, soportadas por las Fuerzas Armadas. El esfuerzo de exportación conduce a incrementar continuamente el número de personal especialista que tenemos que enviar al extranjero y el número de cursillistas extranjeros que debemos recibir en nuestras escuelas.

Nos es forzoso reconocer que casi hemos alcanzado a la hora actual en este campo, el punto de saturación.

Ultima cuestión

Un Ejército, ¿ con qué moral...? .

He reservado para el final, los problemas que se refieren a los hombres y a su moral, no para quitarles importancia, sino al contrario para subrayar con más fuerza toda la importancia que yo les concedo . He comprobado que ustedes tienen sobre este asunto una opinión parecida a la mía, ya que los problemas humanos se reflejaban en muchas de sus preguntas.

Bajo diversas formas, varios de ustedes me preguntan "sobre la débil motivación de nuestra juventud en relación con el servicio militar", sobre "un sentimiento generalizado de inutilidad" y sobre "la no utilización del Ejército para otras tareas, al servicio de la Nación".

A esto aportaré tres respuestas. La primera, que nuestros Ejércitos deben dirigir todos sus esfuerzos para hacer del servicio militar un periodo activo y fecundo para los jóvenes franceses.

El esfuerzo de información es en este aspecto capital. Pero no hay que hacerse ilusiones, el tiempo pasado en filas quedará siempre como un "servicio", es decir, como una tarea desinteresada cumplida en beneficio de la colectividad, comportando por lo tanto, una cierta forma de sujeción. Me doy cuenta, con sentimiento que la fracción de nuestra juventud que menos comprende ésto, es precisamente, aquella que más ha recibido.

La segunda, que es difícil aumentar a la vez las remuneraciones, las producciones de material y las actividades del personal. La reforma de los estatutos, la revisión muy justificada del haber del soldado y los viajes gratuitos van a costar, ya lo he señalado anteriormente, cerca de 2.000 millones de francos. No puede tampoco interrumpirse la producción de materiales comenzada hace mucho tiempo. Por este motivo, nuestras economías han aportado sobre la actividad de instrucción y de vida corriente y sobre nuestros programas de infraestructura, lo que explica en parte, que el servicio militar no pueda ser tan moderno como nosotros desearíamos.

Espero -y es una de mis prioridades actual- conseguir encontrar de nuevo en los dos próximos años, el nivel de actividades de 1974.

Pero, incluso si logramos llegar a ello, no hay que perder de vista que habrá siempre necesariamente en la forma del servicio militar que hemos adoptado, un periodo mayor de intensidad: la formación, y un periodo a ritmo más lento: la disponibilidad. Pero hay que estar seguros que este último periodo no descienda por debajo de un cierto nivel.

La tercera, que es necesario seguir siendo muy prudentes antes de comprometer al Ejército en otra misión que aquella para la que está hecho. Un Ejército, formado para garantizar la seguridad del país contra los riesgos de una guerra; puede, con mayor motivo, asegurar en caso de catástrofe, accidente o parálisis, grandes servicios públicos. Conviene por otra parte, tener cuidado en este último caso, de no intervenir más que para preparar o asegurar una reanudación y no para tomar parte en un conflicto social. El Ejército está organizado, equipado y establecido con objeto de hacer la guerra. Nunca se hará de él una reserva de trabajo

dores por tiempos parciales, un centro de formación profesional o un Club Mediterráneo. Esto no impide, en el seno de nuestras actividades militares desarrollar el espíritu cívico, de hacer un esfuerzo de promoción social, de desarrollar las cualidades físicas y deportivas y de participar en la orientación profesional, pero nunca debemos perder de vista nuestra finalidad, que hace que seamos un Cuerpo al que ningún otro puede compararse.

Otra serie de cuestiones se centran sobre el desarrollo del "espíritu de defensa" en la Nación y en el contingente. Voy a expresar a este respecto la opinión que quizá les sorprenda: tengo el sentimiento de que a través de lo que se ha venido llamando "el malestar del Ejército" y en particular, a finales del año pasado, se ha producido a escala nacional, una profunda reflexión que nos ha sido más bien favorable.

Los recientes acontecimientos han sensibilizado a la opinión, sin que ésta se haya dado cuenta exactamente, de la noción de seguridad, seguridad de las personas en primer lugar, reaccionando vivamente a las exacciones, asesinatos, ataques a mano armada y secuestros. Seguridad general también con la sensación difusa de los riesgos que pueden presentar crisis graves como la de Portugal, del Sahara, de Angola o del Líbano. Los sentimientos de inseguridad así experimentados más o menos conscientemente por la opinión pública conducen a ésta a admitir mejor, a mi parecer, la existencia de Fuerzas Armadas de una dimensión suficiente.

En verdad, sería deseable que este "espíritu de defensa" se desarrollase a todo lo largo de la vida del ciudadano, en el seno de su familia, de su escuela y de su empresa. Por desgracia no estamos en este caso, pero señalo que la Universidad comienza a interesarse por el problema y que ya existen, desde no hace mucho tiempo en las Facultades, "Centros de estudios de política de defensa". No quiero hacerme muchas ilusiones, sin embargo, sobre la generalización de esta instrucción en nuestra enseñanza media y superior.

Por lo que a nosotros se refiere, pienso que nos es necesario aportar, a nuestro nivel, una información adaptada a las exigencias de este mundo, acentuada por una gran difusión de imágenes y de ideas. Ustedes habrán observado el esfuerzo realizado por los Ejércitos para hacerse conocer mejor: emisiones televisadas, películas, revistas, folletos y entrevistas, se han multiplicado en estos últimos tiempos. Creo, en fin, que la mejor enseñanza sobre la defensa se da en el mismo seno de las Fuerzas Armadas y cuando nuestros soldados puedan regresar a casa conscientes de haber servido a la seguridad de su país, habremos ganado la partida.

Algunas cuestiones tratan, por último, de la libertad de expresión.

Este problema no nos es particular, ya que lo compartimos con los funcionarios civiles. Los límites del derecho de expresión residen en la obligación de la discreción: el texto que trata de esta obligación precisa "esto prohíbe por una parte, , hacer de la función ejercida un instrumento de acción y de propaganda; por otra, hacer declaraciones que puedan poner en duda no solamente su neutralidad, sino también un mínimo de lealtad hacia las instituciones".

Personalmente, encuentro que este texto no es ambiguo, e, incluso, que es relativamente claro y liberal. Hace algún tiempo, ciertos Oficiales y en particular bastantes jóvenes pensaron que las columnas de "Le Monde" eran mejor marco que las revistas especializadas, los organismo de defensa o las diversas tribunas de la enseñanza militar superior, para expresar opiniones en terrenos donde éstos no eran, forzosamente, los más competentes, ni los mejores informados. No me parece indispensable animarles por esta vía. No pienso tampoco que la Administración, la Educación Nacional o la Magistratura viesan con agrado, que personal dirigente no responsable de estos diferentes Cuerpos propusiesen, en las columnas de la prensa, soluciones a esos que lo son. Puede ser tentador para un espíritu brillante, servido por una pluma alerta, el poner de manifiesto todo o parte de la política militar, esto puede valer a su autor un cierto éxito de librería, pero no estoy seguro de que las Fuerzas Armadas sacasen provecho de ello.

Llegado a este punto de mi exposición, me doy cuenta de que no he respondido exactamente a las cuestiones planteadas por ustedes, pero estoy dispuesto a contestar, con mucho gusto, a las preguntas orales que deseen hacerme.

Antes de terminar voy a responder brevemente, al Comité nº 4 que me pregunta "¿ha podido usted comprobar el interés de la inversión consentida a favor del Instituto de Altos Estudios de Defensa Nacional...?" Lo haré, citando de memoria y aproximativamente, sin duda, a Saint Exupery que decía: "La meta principal de una empresa, no es la de ganar dinero, es la de unir a los hombres...".

Personalmente, guardo de mi estancia en el Instituto de Altos Estudios de Defensa Nacional un recuerdo muy vivo de la cohesión de mi

sesión y de amistades muy preciosas. Pienso que los lazos que se tejen aquí entre responsables civiles y militares que son ustedes, justifican , por sí solos, el mantenimiento de esta viviente y eficaz institución.
